
CAPILLADA 71. SETIEMBRE 4 DE 1838

FR. GERUNDIO.



Si quis dixerit hic non esse omnia confusa atque revoluta, anathema sit.

Si alguno dijere que aqui en Madrid no se confunde todo, y todo anda revuelto, le pego un mandoble que le rajo de medio á medio.

CONC. 2. GERUND.

EL BOTÁNICO Y EL PRADO.

Acababamos de entrar en el primer mes con erre, era domingo, salia la canícula, la tarde era calmosa, el sol se las iba á liar á sus antiguas guardas, y Fr. Gerundio habia estado todo el dia tris-

tote y de mal talante, tenia una murria que le *partia el alma*, en una palabra, estaba de un humor *perruno*. Que Fr. Gerundio, señores, aunque parece siempre está para chanzonetas, tiene ratos y aun dias que si como le dió por juicioso le hubiera dado por romántico, ya habian vds. de haber encontrado un dia orilla del canal un hábito y una capilla, y al dia siguiente comian todos los ciegos y ciegas de Madrid á costa de las ganancias del *papelio nuevo que acaba de salir ahora en que se manifiesta la desgraciada muerte que se dió ayer tarde el Rmo. P. Fr. Gerundio* Pero un demonio: que se ahogue y se estrangúle quien quiera, que Fr. Gerundio tiene encargo particular de cierta persona, de conservase hasta dejar arreglados ciertos asuntillos. Y por último que creo que nada adelantábamos con eso para la pacificacion del pais. Verdad es que con su conservacion tampoco adelantamos gran cosa, pero adelanta él, y punto concluido.

Y no crean vds. que eran sucesos políticos los que causaban el esplin gerundiano; que si por sucesos políticos hubiera uno de entristecerse, tendria que andar siempre colgando un moco como una vela de á libra: sino sucesos *de sociedad*, que esta pícara sociedad, á semejanza de nuestros hombres de estado que para una que den en el clavo dan ciento en la herradura, ella para una satisfaccion que proporciona da cien sentimientos y doscientas rabietas. Ello es que aquella tarde, por

causas que no son de interés y de la inspección del público, yo salí de mi celda buscando soledad y aire fresco y puro. ¡Triste de mí! Se me había olvidado que estaba en Madrid y en el verano, y que el ministerio seguía y que no había caído una gota de agua. Buscaba aire puro y encontraba aire de *corrupción*; buscaba ambiente y hallaba polvo: buscaba soledad, y tropezaba con hombres y mujeres que respiraban aquel aire y tragaban aquel polvo, y condensaban más éste con sus pies, y corrompían más aquél con su hálito.

El hombre que se siente afectado profundamente, se goza en la meditación, y ama las sombras y la espesura; y yo me metí en el Botánico á engolfarme entre las acacias y los tilos, los tejos de Indias y los abetos. La primera idea que me asaltó recorriendo aquellas calles de árboles, fue reflexionar lo que yo era. Yo era Fr. Gerundio, y nadie en el mundo sabía que Fr. Gerundio estaba allí más que yo. Pasaban jentes por junto á mí, y ó no me miraban, ó me miraban con indiferencia; veían un hombre, y no sabían quien era este hombre; nadie me conocía: Fr. Gerundio allí no era nada. Yo conocía entonces la nada de mí mismo, y no se sí me alegraba ó me entristecía. Después hacia otra reflexión opuesta diciéndome: Yo soy Fr. Gerundio, y este hombre este ser desconocido aquí, este hombre nada, puede hacer que todos los hombres de su nación y muchos de fuera de su nación, y una posteridad indefinida sepa

que Fr. Gerundio estuvo aquí, y lo que pensó y reflexionó aquí. Y no sé si esta idea me alegraba ó entristecía. No sé si por eso me tenía por algo; creo que no.

Pasaba por debajo de los emparrados, veía aquellos voluminosos racimos casi tan abultados como los que llevaron los exploradores de la tierra de promision á Josué en señal de la feracidad del pais que iban á poseer, y admiré el poder del arte, porque el terreno de Madrid, lejos de semejar á la tierra de promision, és un arenal de maldicion que solo la semi-omnipotencia de un rey puede hacerle producir uvas. Me acordé de cuando era muchacho y me escapaba á las viñas en cuanto iban pintando las uvas, y siempre andaba huyendo del perro del guarda que ya me olía desde una legua, y recordé con envidia la edad en que un racimo á medio madurar eran todos los empleos que se ambicionaban, todo el poder que se pretendia escalar; y el hurtar una vuelta al guarda, toda la intriga, todo el maquiabelismo que se empleaba. Salí del emparrado y reparé en las tarjetas de los árboles que manifiestan el nombre y la familia de cada uno, y con ese motivo me vinieron á la imaginacion los pasquines que dicen aparecieron pocos dias há en las calles de la corte. Me puse á meditar á sangre fria si serian obra de los exaltados ó de los moderados, y convine conmigo mismo en que entre unos y otros hay gentes capaces de hacerlo, y aun me ocurrió

que fácilmente alguna noche se encontrarán los pasqueros de uno y otro partido á pegarlos á un tiempo en un mismo sitio.

Tengo observado que las ideas políticas se enganchan como los anillos de una cadena; así es que me vino á las mientes la orden reciente y estrecha del Sr. Someruelos, para que nadie, sea quien sea, y por ningun pretesto viaje sin pasaporte *en regla*, en un tiempo en que son los facciosos los que piden los pasaportes, y me sonreí de la simplicidad. En seguida me acordé del Suizo *zahorí* que fué de acuerdo y con orden del señor Mon á estraher un tesoro que decia estar enterrado en el lugar comun del hospital de San Roque de Santiago, y solté una carcajada. Dos hombres pasaban por junto á mí y les oí decir: «Será algun loco.» Decian que seria algun loco, y era Fr. Gerundio que se reía de la miseria de los gobernantes. En esto iba viniendo la noche, y el humor iba mejorando insensiblemente, porque no hay cosa mas apropósito para ahuyentar la melancolía que los recuerdos de cosas ridículas. En este estado me encontré cerca de la puerta del jardin, y un mozo que en ella estaba me dijo: «Caballero salga vd. que se va á cerrar.» A lo menos, le dije, podré estar hasta que lleguen aqui aquellos señores que se ven venir por la estremidad de aquella calle. «Vd. no tiene nada con aquellos; lo que le digo á vd. es que salga de aqui luego.» Y no tuye remedio sino echar fuera del jardin mi Pa-

ternidad Reverenda, admirado de hallar en Madrid y en el Botánico gentes tan groseras como los guardas de las viñas de mi lugar.

Luego que hube salido, me dirigí, tirando sobre la izquierda, por la parte exterior del Botánico abajo, y me llamó la atención ver ocupados los asientos del enrejado por parejas de hombre y muger de trecho en trecho, sirviendo cada trozo que média de columna á columna de confidente á cada uno de aquellos matrimonios accidentales y transitorios. Adanes y Evas del año 58, que recordaban por la parte de afuera del jardin las malas mañas que nos dejó la diversion de nuestros primeros padres de la parte de adentro de otro jardin. Hízome sospechar que fuesen matrimonios de esta clase el ver que las Evas que se hallaban solas, la una me decia: «á Dios, hermoso:» la otra «á Dios, buen mozo.» la otra: «á Dios, salado, ¿no quieres tomar el fresco?» ; Yo buen mozo! ; yo hermoso! ; yo salado! ¿De cuando acá? No; aqui hay maula: aqui hay pecado original: estas Evas quieren que yo salga hecho un Adan, y yo no quiero ser mas que Fr. Gerundio. *Fugite, partes adversæ*, dije con resolucion; Barrabás te acompañe, allá te avengas: y eché á andar hácia el Prado. «¿Dónde están las virtudes? Venia yo diciendo. ¿Será posible que no haya de hallar virtudes?» Sin duda debí decirlo en alta voz; lo cierto es que me respondió un anciano cabizbajo que acertaba á pasar junto á mi hombro izquierdo: «Caba-

llero, las virtudes allí las tiene vd. en el frontispicio del Muséo.» En efecto á la luz de la luna y á mi derecha en la fachada del Muséo de pinturas alcancé á ver unos cuerpos blancos me acerqué á mirar, y eran en efecto varias estátuas que representaban diferentes virtudes, como el *valor español*, la *beneficencia* y otras cuyos rótulos no pude leer. Pero las virtudes que veía eran unas estátuas de piedra, y los vicios que habia visto eran seres vivos y animados.

Entre el ruido de los coches, las voces de los vendedores de *horchata* y *limon helado*, la gritería de los muchachos y mugeres que pregonan el *agua fresca*, y la algaravía de otras mugeres y otros muchachos que gritan á dos cuartos la medida de ALVELLANAS (que aquí en la corte llaman los vendedores *alvellanas* á lo que llaman *avellanas* hasta en las mas incultas aldeas de mi pais), me dirigí hácia el *salon*. Desde lejos divisaba ya las muslinas, los linós, los anaquerontes y las brillantinas de las elegantes cortesanas que ya otros dias habia admirado de cerca, los ricos sombrerillos calados de paja de Italia con que cubren sus inhiestas frentes; sus capotas de fular, sus blondas, encajes, volantes y festones; veía cruzar los coches, carretelas, landós y tilburíes; se me representaba el lujo que echó á pique á los romanos por haber despreciado las leyes suntuarias; iba pensando en la ley *Oppia* que prohibia á las damas romanas gastar vestidos de mas del valor de media onza,

cuando se me acercó un bulto negro que me dijo con voz lastimera; «¿me hace vd. la gracia de una caridad, que soy la viuda de un coronel muerto en campaña y no tengo que cenar esta noche?» La hice ver que Fr. Gerundio no tenía entrañas de ministro, y al querer continuar mi paseo, me ví acometido por otra media docena de españoles *felices*, que hicieron resentirse el bolsillo de la ternura del corazón.

Apresuré el paso, hube de ser atropellado por un coche que venia delante del de S. M., el cual solo se distingue de todos los otros en las seis mulas, y en el cual va dando ejemplo de modestia y sencillez que nadie imita, entré en el salon, encontré al señor ministro de Hacienda hablando con un sombrerillo y dos mantillas de bobiné blanco, me acordé de las viudas y de Morella, mientras él quizá no se acordaria mas que de las mantillas y el sombrerillo; di un paseo por París, oí murmurar del ministerio, alabar una puntilla de encaje que acababa de llegar á una modista de la calle de la Montera, recitar un trozo de Victor Hugo, y hablar de esperanzas dadas en la Direccion. Dejé á París y me fui á un puesto de agua fria; pedí un vaso y un panal y me los eché al colete; lo cual significa que yo tenía sed y que todavía no habian quedado tres cuartos en el bolsillo despues de haber socorrido á siete pobres. Desde allí me puse á contemplar el monumento fúnebre que se está levantando á las víctimas del dos mayo de

1808. La contemplacion de aquel mausoléo empezado á erigir me volvió á inspirar pensamientos tan lúgubres como los cipreses que le rodean. Me acordaba del *españolismo* puro y eminentemente heróico de que habian sido víctimas aquellos desgraciados; le comparaba á los miserables partidillos de que son autores ó fomentadores muchos de los que acababa de ver pasear en el Prado, y de que hemos de acabar por ser víctimas todos, y se me escapaba una lágrima. La muger del puesto del agua lo notó y me preguntó..... no puedo decir lo que me preguntó, porque de repente sonó cerca de nosotros una música alegre que al pronto me hizo creer si seria música celestial con que regalarian en el empíreo á las virtuosas víctimas del dos de mayo; entonces discurria yo como un poeta. Mas luego advertí que era música muy humana, muy terrenal y muy ratonera; era la música del *tio Vivo*, que seis pasos mas allá del luctuoso cenotafio entona todas las noches rigodones, galops, fariñetas y cachuchas alternativamente, ya para los juegos de los caballos, ya para el baile *de confianza* que diariamente sostiene para los manolos, soldados y muchachas *ind pendientes*. El contraste no deja de ser singular. Tambien me acerqué á verlo: es uno de los sitios en donde *la libertad no es una mentira*. La sala de baile es una especie de pajarera de hombres, dentro de la cual revolotean pájaros y pájaras de cuenta en su línea. Mucha concurrencia, mucho movimiento,

mucha animacion. Los juegos y el baile del *tio Vivo* absorvian la atencion por aquella parte. El lujo y las intriguillas ocupaban los ánimos por la parte del Prado; y en el monumento del dos de mayo que está seis pasos en medio de uno y otro, juravia que nadie pensaba mas que Fr. Gerundio.

Traté de epilogar en la imaginacion los bailes y mi lágrima, el sepulcro y el Prado, las carretelas y los puestos de agua, la Reina y las avellanas, el ministro y los aguadores, los sombrerillos de paja y la viuda del coronel, los elegantes y las virtudes de piedra, las Evas de los confidentes y el viejo corcobado, las uvas y los pasquines, la orden de pasaportes y el resultado de Morella, el tesoro de Santiago y los cesantes, el polvo y el aire corrompido, y con la cabeza hecha una grillera, confundidas todas las especies como se confunden todas esas cosas en un mismo sitio aqui en Madrid, regresé á mi celda no sé si mas triste ó mas alegre que habia salido de ella. Cogí la pluma, vacié las ideas, y resultó este artículo; que el que le haya leído hasta aqui bien puede decir que le ha leído todo.



In diebus illis.

En aquellos dias (de *crisis*) madrugó Dios una mañana, y llegándose á la celda de un fraile que tenia por nombre Fr. Gerundio, le dijo: ¿te acuerdas de lo que te dije el otro dia? (1)

A lo cual aquel fraile que habia por nombre Fr. Gerundio le respondió: acuérdome, señor Dios mio, que me dijisteis que no tardaria en saber vuestra voluntad.

Entonces el señor Dios de Fr. Gerundio le dijo: pues hé aqui que ahora viene tu Dios á manifestarte su voluntad. ¿Conoces á dos varones que hay sobre la tierra que tienen por nombres Alejandro Mon y Francisco de Paula Castro y Orozco?—Si padre, conózcoles.—Y qué le parece á mi siervo Fr. Gerundio de esos dos varones?—Si es lícito á la última de vuestras criaturas manifestar su humilde juicio acerca de lo que le preguntais, Señor,

(1) Véase la capillada anterior.

le dijo Fr. Gerundio, parece que esos dos mortales se han apartado de las rectas sendas que Vos les señalásteis y ellos ofrecieron seguir.

En verdad en verdad te digo, hombre gerundador, que tu juicio ha sido acertado y tu pensamiento está lleno de verdad. Por eso he tocado el corazón de la señora Reina vuestra para que les haga entender que no se obstine más en permanecer en los puestos que ocupan, y á esta inspiración no podrán ellos resistir. Así, pues, decretada está su salida del ministerio, y cumplida verás luego mi intimación.

Loado y reverenciado sea mi Dios y señor, dijo Fr. Gerundio, y se prosternó ante él. Y levantándose después dijo: ¿me permite el Señor Dios mio dirigirle una pregunta?—Habla, le contestó Dios.—¿Hasta cuándo, Señor, permitiréis al beato marqués de Someruelos ahogar los empleados suyos en el revuelto y proceloso piélago de la Gobernación?—Hasta que cogiendo los españoles la Guia de Forasteros de su ministerio, le respondió el Señor, pregunten admirados: ¿cómo es que ninguno de los que estan inscritos en este libro se encuentran ya en las oficinas de la Gobernación? Y entonces oirán una voz que les dirá: porque el pseudo-beato marqués de Someruelos abrió las cataratas del ministerio suyo y estuvo lloviendo decretos de destitución trescientos días con trescientas noches, y crecieron las aguas amargas, y sucedió un diluvio universal, y ahogáronse to-

dos en él. Cuando esto suceda, sumergiré yo al pseudo-marqués en el profundo de las aguas amargas.—Señor, ¡y hasta entonces!... ¿Será posible que las oraciones de los justos....—Pues bien, dijo el Señor; si intercede mi siervo Fr. Gerundio, le hundiré antes que se consume el diluvio total.

Empezó á entonar Fr. Gerundio el *Benedictus Deus*, y le interrumpió el Señor para preguntarle: ¿y de qué color quieres, siervo mio Gerundio, que sean los que han de reemplazar á estos varones que he determinado hundir?—Ya lo sabéis, Señor: Fr. Gerundio solo quiere varones de justicia: ministros que sepan encontrar recursos para acabar la guerra civil, y emplearlos bien; sabéis, Dios mio, que el color de ellos nunca le importó á Fr. Gerundio, sino su probidad, decisión y justificación. ¿Serán rectos, puros y decididos los que nos habeis de dar, Señor?—En verdad en verdad te digo, respondió el Señor, que no dejes de la mano la capilla, porque aun tendrás en qué ejercitarla: todavía no he probado bastante la paciencia vuestra.....

En esto volvió Dios á Fr. Gerundio las espaldas en demostracion de dejar su celda, y clamó Fr. Gerundio á él diciéndole: Señor, Señor, una cosa tenia que deciros todavía.—Habla, que bien te oigo, le dijo Dios.—Sabed, Dios mio, que un hermano llamado Alejandro Olivan, que tampoco camina por el carril de la justicia; tiene á Fr. Gerundio por conspirador.—El Señor soltó una riso-

tada, y riendo salió de la celda de Fr. Gerundio, y todo el camino del cielo se iban oyendo las risotadas, y uvas voces mezcladas con ellas que decían: necio Olivan! necio Olivan! El caerá luego (1).



(1) *Nota de hoy. Ya cayó ayer.*